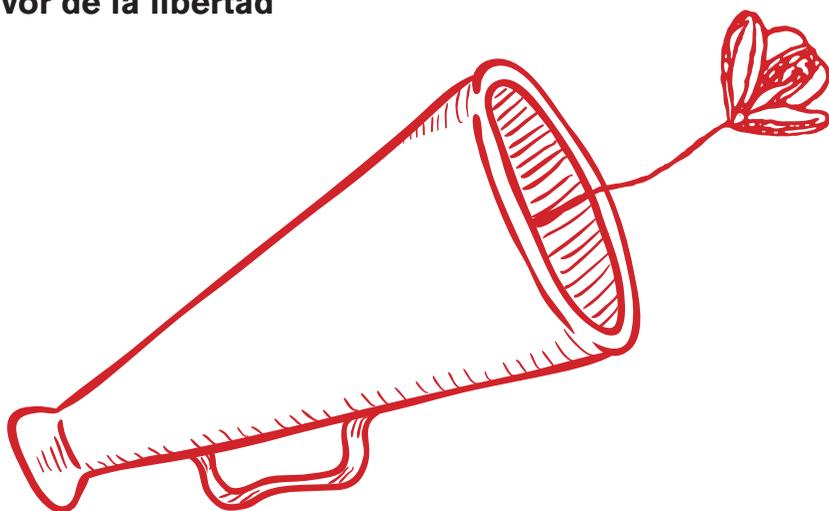


¡LIBERAOS!

EL FRACASO DE LA POLÍTICA DE LA INDIGNACIÓN Y EL RETORNO DE LA RESPONSABILIDAD

Un alegato contra el populismo
y a favor de la libertad



JUAN MILIÁN

DEUSTO

¡Liberaos!

El fracaso de la política de la indignación
y el retorno de la responsabilidad

JUAN MILIÁN



EDICIONES DEUSTO

© Juan Milián, 2023

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4.273-2023

ISBN: 978-84-234-3564-7

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	9
------------------------	---

PRIMERA PARTE

El fracaso de la indignación

1. El libro de Hessel	15
2. Las Iglesias de Iglesias	29
3. La Transición antidemocrática	63

SEGUNDA PARTE

El retorno de la responsabilidad

4. Liberalismo humanista	87
5. Reformismo	101
6. Sociedad civil	109
7. Educación	115
8. Verdad	121
9. Estado de derecho	127
10. Responsabilidad	135
11. Patria	143
Epílogo: La luz de Lourmarin	157
Bibliografía	169

El libro de Hessel

En 2011 un pequeño panfleto político escrito por el exdiplomático y activista francés Stéphane Hessel lideraba las listas de los bestsellers en España. Rápidamente *iIndignaos!* se convirtió en una suerte de nuevo libro rojo para una parte de la izquierda española que, sintiéndose frustrada por la presidencia del socialista José Luís Rodríguez Zapatero, quiso impugnar todo el sistema surgido de la Transición democrática. La crisis económica ya era demasiado evidente. Los discursos del socialismo gubernamental habían contradicho la experiencia vivida por los españoles durante demasiado tiempo. Llegar a final de mes se había convertido en una proeza para el español medio y los desahucios estaban a la orden del día. El despilfarro de los recursos públicos en los años de vino y rosas no dejaba más margen. Llegaron los recortes y el relato oficialista saltó por los aires. Sin embargo, la izquierda no podía admitir que el problema fuera la mala gestión del PSOE; así que se planteó una enmienda a la totalidad del sistema. «Ni cara A, ni cara B,

queremos cambiar de disco.» Los eslóganes eran creativos, aunque no todos: «PSOE y PP la misma mierda es». Todos los políticos eran iguales, decían. «Los políticos nos mean, los medios dicen que llueve.» *La casta* fue el término que la izquierda dirigida por Pablo Iglesias importó de Italia. Y fue en este contexto donde el libro de Hessel encontró un terreno abonado.

En poco más de treinta páginas el autor exhortaba a los jóvenes a indignarse. El mundo estaba fatal y existían unos culpables: los poderes financieros, Estados Unidos, Israel. Los sospechosos habituales. Hessel apuntaba a los evidentes excesos del mundo financiero. En España la ira se volcaría especialmente contra los bancos privados, aunque las acciones más irresponsables fueron cometidas por las cajas de ahorro públicas. Había una doble vara de medir que no era ajena a la ideología socialista que latía bajo la indignación. Lo privado era el mal. El autor tenía autoridad moral, aunque en su escrito se percibe cierta doble moral. Había combatido con la resistencia francesa, estuvo a las órdenes del general Charles de Gaulle, fue internado en el campo de concentración de Buchenwald durante la Segunda Guerra Mundial y fue también uno de los redactores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. A sus noventa y tres años, Hessel acumulaba una experiencia y una ejemplaridad que otorgaban a sus palabras una capacidad de influencia elevadísima. Más allá del contenido del libro, pobre tanto desde el punto de vista literario como argumental, caló profundamente en una generación que se sentía enfadada por la situación política y, especialmente, económica.

iIndignaos! fue una de las principales fuentes de inspiración de la plataforma Democracia Real Ya, una de las convocantes de las manifestaciones que se celebraron en decenas de plazas de ciudades españolas el 15 de mayo de 2011. Así empezaba a configurarse el movimiento del 15-M o de «los indignados». En aquel contexto de crisis económica y desafección política, la convocatoria fue un éxito y gozó de cierta transversalidad. La sensación de crisis de representatividad estaba extendida. La deshonestidad de Zapatero tuvo un impacto importantísimo en las políticas públicas. Tras negar la crisis económica y augurar «brotes verdes», un año antes del 15-M, el 12 de mayo de 2010 había anunciado la congelación de las pensiones, la supresión del cheque-bebé y la rebaja del 5 por ciento del sueldo de los empleados públicos. El enorme gasto del plan E o plan Zapatero había servido para que España tuviera las mejores aceras de Europa y unos espléndidos carteles anunciando electoralmente el despilfarro, pero poco después vendría la cruda y dura realidad. Zapatero había ganado las elecciones mintiendo a sus votantes: España no estaba «en la Champions League» de la economía europea.

El contexto internacional también ayudaba a la movilización. Eran años de descontento en todo el mundo, especialmente en los países árabes. Las protestas se extendían por diferentes razones y con diferentes consecuencias. El 17 de diciembre de 2010 Mohamed Bouzizi se quemaba a lo bonzo en la ciudad tunecina de Sidi Bouzid. Este humilde vendedor de veintiséis años estaba desesperado, ya no podía más, la policía había confiscado su puesto de frutas y verduras, su único sustento. Mientras Bouzizi agonizaba en

el hospital, la rabia se extendía entre una población que no aceptaba ni un minuto más las políticas arbitrarias y un sistema que ni respetaba sus derechos ni les permitía prosperar. El 4 de enero Bouzizi moría y, diez días después, el presidente de Túnez, Ben Alí, en el poder desde 1987, dimitía. Empezaba la Primavera Árabe y su ejemplo se extendería a otros países. Enseguida, el efecto dominó alcanzó a su segunda pieza, Egipto. Fue «el día de la ira». Los smartphones agotaban las baterías al ritmo de convocatorias y eslóganes. Se reunieron en la plaza Tahrir de El Cairo, y la plaza se convertiría posteriormente en un modelo para los «indignados» españoles. Pedían más libertad y democracia. Mubarak llevaba treinta años en el poder, dimitió y le cayó una cadena perpetua. Pronto los Hermanos Musulmanes llegarían al poder y, tras ellos, un regreso del autoritarismo militar. Pero antes de este decepcionante acontecer de los hechos, el estallido primaveral se reprodujo en otros países. En Siria desembocó en la guerra civil, en cientos de miles de muertos y millones de refugiados. En Libia, el resultado fue el asesinato de Muamar Gadafi, tras cuarenta y dos años en el poder, y la degeneración del país en un Estado fallido. Sólo en Túnez, allí donde todo empezó, la revolución acabó consolidando una democracia, pero esto ya formaría parte de otro análisis. Todos estos fueron los inmediatos precedentes de la indignación española, pero tras la toma de nuestras plazas vinieron otras réplicas, a saber, el fenómeno del Occupy Wall Street y otros movimientos *occupy*. También en Brasil cientos de miles de personas protestarían indignados por la recesión y la corrupción que afectaba a la presidenta Dilma Rousseff y a su predecesor en el cargo, el

ídolo podemita, Luiz Inácio Lula da Silva. En Hong Kong estallarían las protestas a favor de la democracia, y en contra de las políticas totalitarias de China. Los graves altercados en Chile forzarían al presidente Sebastián Piñera a convocar un Congreso Constituyente del que debería emanar una nueva constitución. El proceso acabó siendo más esperpéntico que eficaz. Los chilenos recientemente votaron no a esa nueva constitución de tintes populistas.

En definitiva, éste era el contexto: pasiones desatadas y smartphones. El movimiento de los indignados cosechó un gran éxito gracias al uso de las redes sociales, especialmente Facebook, y a su independencia de partidos y sindicatos. Con todo, el inicial pluralismo y espontaneidad fueron progresivamente desapareciendo, como suele suceder en los movimientos asamblearios, fáciles de manipular por liderazgos carismáticos y aduladores de las masas. Las propuestas fueron concretándose cada vez más, moldeando un programa similar al de una izquierda antiglobalización y anticapitalista. Como también suele ocurrir en este tipo de ideologías y psicologías, hubo escisiones. El personalismo es implacable. La Asociación Democracia Real Ya acabaría confluyendo en una coalición electoral, Recortes Cero, liderada por la maoísta Unificación Comunista de España y apoyada por partidos socialistas, comunistas, ecologistas e incluso carlistas. Nunca obtuvieron representación en ninguna de las elecciones a las que se presentaron. Algunos «indignados» se concentraron en plazas españolas como la madrileña plaza del Sol o la barcelonesa plaça de Catalunya

durante la jornada de reflexión previa a las elecciones generales del 20 de noviembre pidiendo una «reflexión colectiva.» Y, finalmente, el Partido Popular obtendría una amplia mayoría absoluta de 186 diputados con el 44,63 por ciento de los votos. Mariano Rajoy alcanzaba la presidencia del Gobierno de España, pero ya no sólo iba a recibir una herencia económica envenenada, sino también una parte de la sociedad emocionalmente exaltada y predispuesta a la manifestación, aunque ya no contra el sistema, sino, ahora sí, contra un gobierno en concreto. El Movimiento 15-M se manifestaría contra las decisiones tomadas por el nuevo gobierno e incluso participaría con los sindicatos, ausentes hasta entonces, de una huelga general en contra de la reforma laboral.

En sus inicios el movimiento de los indignados obtuvo la simpatía de una gran parte de la población española, también entre un número considerable de los votantes del Partido Popular. Actos como la acampada en Sol o el asedio al Parlament de Cataluña también obtuvieron un notable apoyo social. Este último fue, de hecho, clave para entender el posterior proceso separatista catalán. La mañana del 15 de junio de 2011 y bajo el lema «Aturem el Parlament», cientos de personas convocadas por el movimiento 15-M acudieron al parque de la Ciutadella con el objetivo de impedir la sesión plenaria que iba a debatir los presupuestos de la Generalitat de Cataluña. El choque entre manifestantes y *mossos* provocó más de veinte heridos de carácter leve y fueron memorables las imágenes de Artur Mas entrando en el palacio en helicóptero. Los partidos independentistas pidieron penas de hasta tres años de cárcel para los prota-

gonistas del asedio. El convergente Jordi Turull tildó los sucesos de «golpe de Estado encubierto», pero su partido decidió entonces doblar la apuesta y tratar de frenar aquel populismo ideológico con un populismo identitario, el *procés*. Más tarde, el consejero Santi Vila se preguntaría en voz alta: «¿Si este país no hubiera hecho un relato en clave nacionalista cómo hubiera resistido unos ajustes de más de 6.000 millones de euros?». En 2014, la Audiencia Nacional absolvió a los encausados por los sucesos del parque de la Ciutadella, pero la Generalitat y el Parlament recurrieron la sentencia ante el Tribunal Supremo, que acabaría dándoles la razón, en marzo de 2015, condenando a ocho personas a tres años de cárcel. Ante esta decisión, miles de personas se manifestaron yendo de la plaza Universitat a la plaza Sant Jaume al grito de «Jo també estava al Parlament, jo també ho tornaria a fer», es decir, también amenazaban con volverlo a hacer.

Pero ya hablaremos del *procés*. Centrémonos ahora en los efectos directos de la indignación en la izquierda española. Y es que *¡Indignaos!* era el título y era también la consigna. El imperativo caló en el imaginario colectivo y la multitud que había invadido las plazas del 15-M pronto fue conocida como «el movimiento de los indignados». Una de las críticas más agudas fue la del francés Luc Ferry, que señaló que poca solución puede venir de la indignación, un sentimiento que se proyecta contra los demás, pero que no mira hacia uno mismo, no estimula la responsabilidad, cuando la auténtica moralidad debería empezar por exigirse a uno mismo. Éste fue un gran punto débil de un movimiento al que le costó articular una propuesta constructiva creíble.

Diferentes partidos políticos surgirían de entre los indignados. La mayoría fracasaron, pero en febrero de 2014 se constituía Podemos. Bajo el grito de «sí se puede» y liderados por el politólogo Pablo Iglesias Turrión se erigieron en herederos de los indignados. Se apropiaron del movimiento. Hicieron suyas las proclamas contra los desahucios y los recortes sociales. Y también exigieron una democracia participativa y denostaron la democracia representativa —la única que ha funcionado en la historia—. El éxito fue notable en las elecciones europeas: cinco eurodiputados y 7,98 por ciento de los votos. Y en las elecciones generales del 20 de diciembre del año siguiente alcanzaron los sesenta y nueve diputados. A medida que el movimiento se convertía en un partido fue dejando atrás un reguero de desilusionados. El entusiasmo de algunos activistas se desinfló. A escala regional y local surgieron plataformas, mareas y confluencias. La lideresa de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) tomaría democráticamente el Ayuntamiento de Barcelona, aunque los desahucios continuarían y las okupaciones ilegales se dispararían. Finalmente, y a pesar de las reiteradas promesas de Pedro Sánchez que, como Zapatero, también mentiría a sus votantes en campaña, en 2020 Podemos pasaría a formar parte del Gobierno de España.

El 15-M pedía más democracia, pero los líderes que catalizaron el descontento no eran precisamente demócratas. Sus eslóganes eran mejores que sus valores. Defendían el comunismo y negaban las libertades del adversario. Introdujeron una nueva violencia política en España: los escraches, el acoso físico a quien piensa diferente. La democracia

era, para ellos, un simple medio, totalmente prescindible una vez alcanzado su fin, el poder. Homenajearon a terroristas y adoraban a totalitarios. Prometían una nueva política, pero pronto mostrarían los mismos vicios que criticaban de los partidos de toda la vida, incluso acrecentados por el típico caudillaje de los populismos. La democracia participativa pasaría a ser una organización leninista con purgas y escisiones a la arcaica manera del comunismo. Las fórmulas mágicas que proponían eran los brebajes caducados de siempre. Sin embargo, la retórica demagógica obtuvo unos resultados electorales espectaculares. Indignaos, sí, pero, sobre todo, dadnos el poder. Con todo, los graves problemas de ejemplaridad de algunos de sus líderes, empezando por un muy aburguesado Iglesias, justificarían que cualquier indignado original les cantara hoy aquello de «no nos representan». Las propuestas se redujeron a gestos y coletas. Loas al líder y maniqueísmo. El sectarismo se fue acrecentando y las bases se han ido reduciendo. Las exageraciones y las ocurrencias les restaron credibilidad. Podemos capitalizó el malestar social que alimentó el 15-M, pero su implantación en la política real ha sido tan frustrante que ha permitido que su reflejo en la derecha, su partido especular, pudiera decir el 15 de mayo de 2020: «seguimos indignados».

De hecho, los herederos políticos de los indignados, lejos de traer la regeneración política que prometieron, han sido los colaboradores necesarios de los mayores ataques a la democracia liberal española desde la Transición. Sus actuaciones han sido cada vez más sobreactuadas. Desde el poder, la indignación de Iglesias o Irene Montero fue so-

nando cada vez más artificial. Se limitaron a discursos autorreferenciales con cara de cabreo permanente. En el Gobierno de Pedro Sánchez han impulsado el socavamiento de las instituciones públicas, han protagonizado espectáculos mediáticos impropios de un país serio y su gestión ha sido más que deficiente. Llegaron al gobierno atizando las bajas pasiones, con una retórica de confrontación y rencor, pero sin ningún proyecto reformista encaminado hacia el bien común. Pero volvamos al libro de Hessel. No negaremos sus buenas intenciones, si bien sabe el lector que de ellas está empedrado el camino al infierno. En el prólogo español, José Luis Sampedro afirmaba que de la indignación nace la voluntad de compromiso con la historia. Tan elevado propósito bien podría generar efectos no deseados como la soberbia, la creencia en una superioridad moral no acorde con el compromiso real. Efectivamente, la política que surgió de la indignación pronto cayó en la soberbia adanista, en la creencia en que todo lo que antes se había hecho había sido un error o fruto de la mala fe. La política necesita más humildad. Y también pensar más en los humildes auténticos y menos en protagonizar la Historia. El libro caía, además, en algunos tópicos sobre la desigualdad —«una innovación de los siglos xx y xxi»— que no tienen en cuenta, por ejemplo, la evolución de países asiáticos que en las últimas décadas y gracias al capitalismo han salido de la miseria y han creado amplísimas clases medias. Al mismo tiempo, critica el «pensamiento productivista», enlazando con esa izquierda que defiende el crecimiento cero porque, en realidad, es incapaz de generar un marco favorable a la prosperidad. Son como la zorra de la fábula que no

alcanza las uvas y se engaña afirmando que «las uvas están verdes y no se pueden comer».

Hessel sí defendía la libertad de prensa y acertaba al señalar que la independencia de ésta es fundamental para la preservación de una democracia saludable. Sin embargo, en los últimos años, y como una de las externalidades negativas de aquella indignación, se ha reforzado la corrección política y la cultura de la cancelación, es decir, la censura. Por otra parte, Hessel reconoce que estuvo muy marcado por Jean-Paul Sartre. Libros como *La náusea* o *El muro* fueron fundamentales en su pensamiento. Y ciertamente aquí aparece una interesante defensa de la responsabilidad del individuo, que, tristemente, no tuvo una puesta en práctica por parte del filósofo existencialista. Sartre atacó duramente a aquellos que, como Albert Camus, defendían la verdad y criticaba la barbarie estalinista. No, aquél no era un compromiso real con la verdad, sino con la ideología, algo muy diferente. Así, Hessel, en la línea de Sartre, «comprende» a los terroristas que colocan bombas, aunque los critica, no por su inmoralidad sino por su falta de eficacia para conseguir los objetivos propuestos. En su texto se centra sobre todo en los palestinos y ataca a Israel con una visión puramente marxista. Son terroristas, viene a decir, porque están desesperados por culpa de la pobreza y el hambre. No obstante, el yihadismo no justifica el asesinato por motivos económicos sino por el fanatismo religioso. Bin Laden no formaba parte, precisamente, de la clase obrera. El terrorismo comunista europeo tampoco era pobre. Y, en España, el terrorismo independentista se produjo en las regiones más ricas. Quizá Hessel y la extrema izquierda no «compre-

den» tanto como creen, pero sí utilizan el terror para sustentar sus endebles argumentos.

En los ataques a Israel también hay mucho de simplismo y de no reconocimiento de que, al fin y al cabo, este país es el resultado del antisemitismo europeo. De hecho, Alain Finkelkraut critica la imagen infantil del conflicto israelo-palestino de este «Papá Noel de las buenas conciencias» que, como hará el populismo, se limita a «reemplazar los problemas por los culpables». Pero también le critica que sólo se fije en este conflicto, y no critique, por ejemplo, la terrible situación de las mujeres y los cristianos en ciertos Estados vecinos de Israel. La selección de las causas por las que indignarse no parece, pues, inocente. También encontramos topicazos antiamericanos pero éstos ya habían sido desmontados previamente por su compatriota, el gran liberal, Jean-François Revel en *La obsesión antiamericana*. En todo caso, la crítica que más nos interesa de Finkelkraut a Hessel es la que se centra en la indignación como motor de cambio político. En uno de los artículos recogidos en *Lo único exacto*, el filósofo critica a Hessel por confundir resistencia e indignación. La resistencia no es eso: «La resistencia es el valor». Hessel, «llevado por el amor, abole el cuestionamiento». Finkelkraut cree que *¡Indignaos!* sólo puede triunfar en una sociedad poco madura: «Y si nuestra época lo eleva a las nubes, es porque reconoce en él la elección que la propia época hizo de la intensidad frente a la inteligencia. Tal es, en efecto, el significado metafísico del culto contemporáneo a la juventud: extinción de la luz y adoración del

fuego». Hessel alimentó la política de las emociones adversativas, cuando lo necesario, en un momento como aquél y como el actual, era y es razonar y responsabilizarse. ¿Implicación y compromiso? Sí, por supuesto, pero no apagando la razón y dejándonos arrastrar por las bajas pasiones como la envidia o el resentimiento. El pensamiento crítico era necesario, pero sin olvidar que éste es sobre todo pensamiento —no la repetición de eslóganes— y que la crítica empieza por uno mismo. En el librito de Hessel había mucha ética de la convicción y poca ética de la responsabilidad.

En *El retorno de los chamanes*, el politólogo español Víctor Lapuente apunta contra ese sentimiento de indignación que «fue elevado a los altares de la intelectualidad europea en el gran éxito de ventas *¡Indignaos!*», ya que «en lugar de cooperación y solidaridad, la indignación irreflexiva alimenta lo contrario: la confrontación social, el tribalismo. El enfado desincentiva la cooperación. En lugar de colaborar más, unos grupos sociales castigan más a los otros. Entramos así en una espiral de agravios y desagravios». A pesar de las buenas intenciones, en Hessel había malas ideas, hijas de viejas ideologías, desde el determinismo hegeliano al existencialismo sartreano pasando por Karl Marx. No son pocos los que aún hoy infravaloran el poder de las ideas en la política. Craso error. Algunos políticos creen que los pensadores no tienen ninguna importancia en el devenir de sus carreras o de la historia de su país. Se equivocan. Recordemos las palabras de John Maynard Keynes: «Las ideas de economistas y filósofos, tanto cuando son acertadas como cuando son equivocadas, son más potentes de lo que se suele creer. En realidad, el mundo no se gobierna por

otra cosa. Los hombres prácticos, que se creen del todo exentos de influencias intelectuales, son normalmente los esclavos de algún economista difunto». La ideología de la indignación y del resentimiento ayuda a entender que actualmente en España algunos justifiquen lo democráticamente injustificable. Poner las emociones de la confrontación en el centro de la política fue, definitivamente, una mala idea, una muy mala idea.